

ponen de acuerdo) de las fotos, invisible, mantiene vivos los hábitos de la clandestinidad. La cinta roja no parece motivo de controversia: sólo la luce Lenin. Los turistas alemanes que van al Café Barbieri son los únicos que miran el vaivén de retratos comunistas. Saludan enternecidos o se ríen a carcajadas, pero los ven.

Café Barbieri

Soy ágil, todavía, para lo que necesito: desviar la atención, y que no vean la ropa negra y vieja ni adivinen la cárcel en que vivo. Les muestro las fotos y les sonrío, y, a veces, para festejar que he conseguido aturdirlos, hasta me río fuerte. Lo que no perdí: la risa y las fotos. Ellos festejan que una vieja de setenta y siete años se haya pasado la juventud con pinceles de pelo de marta, finos como agujas, coloreando fotos. Sí, tenía buena vista. Sí, tenía buen pulso. Y tuve un novio, pero era del bando que mató a mi hermano en la guerra. La guerra se llevó a mi hermano y el techo de la casa. Quedaron los muebles a la intemperie. Las cortinas caídas parecían las fundas de los muebles. Se cayeron las ocho ventanas. Ocho ventanas que daban a la calle, y desde las que yo, a los cinco años, veía pasar hombres con capa, que cantaban. Tenía quince años cuando me asomé por última vez a las ventanas viejas. Mi padre lo hizo todo nuevo, igual que antes. Ahora sí, viejas, aunque menos viejas que yo, parecen las de antes de la guerra, pero ni una sola de esas ocho ventanas es mía. Ni ninguna otra que dé a la calle. Lo único que veo ahora es ropa colgada: las camisetas y los calzoncillos de un viejo lelo que no me reconoce; que no recuerda que, cuando teníamos veinte años, me invitó una madrugada a comer churros con anís en el bar que todavía está, pero cambiado, frente a la plaza, al lado de la droguería de esa mujer siempre pintada que se casó con uno más joven (se le murió pronto). Pero les digo, cuando vienen a comprarme tabaco y me preguntan y les muestro las fotos, que nací aquí, que siempre viví aquí, arriba, en el último piso, y que el piso tiene ocho ventanas que dan a la calle. Cuando quieren averiguar más, cuando piden que les muestre las ocho ventanas, les muestro más fotos o les recito fórmulas químicas. Cuando les hablo del carbonato, del metol y del sulfito de sosa del revelador, o del hiposulfito de sosa del fijador, o del bromuro y el cianuro rojo para la base sepia, no me ven la ropa vieja, sin color; no imaginan que arriba, desde la ventana, la única ventana que me queda, lo único que yo veo son las camisetas del viejo lelo. Pero les cuento, y les gusta, que el bar de enfrente de la plaza donde tomábamos churros con anís no cerraba en toda la noche. Y uno se lo dice al otro,

y todos, son jóvenes todos, al comprarme tabaco, piden que les muestre las fotos, les recite las fórmulas, les cuente cuánto tardaba en colorear una cara y cómo hacía para acordarme de los colores de los vestidos o de los sombreros. Tengo brío, y memoria y astucia. Cuento lo que quiero. Por no querer: cuento una cosa para no contar otra. Los entretengo, los despisto, los sorprendo. Ven, detrás del cristal de la vitrina, la foto (no es mía: hace cincuenta años de mi última foto) de mi última gata, que era como una diosa y que tuve que regalar, y les digo: «Mi gata Ginebra». El nombre se lo puso uno de los camareros, por la ginebra, no por la reina Ginebra, les digo, y los confunde que ni mencione la ciudad de Ginebra, y ya no quieren subir a mi casa para ver las ocho ventanas, cuatro a la calle de la Esperanza y cuatro a la del Ave María. Coloreo, como antes: ahora con palabras que despistan. La memoria me sirve para tapar la memoria: uso lo que me acuerdo para aplicarlo sobre lo que también me acuerdo. Lo que coloreo con palabras se borra en seguida, y hay que volver a hablar, cada día, como si malgastara aquellos cuadernos ingleses en los que venían los colores, y que cuidábamos tanto. Aquellos colores —aquellos rosados— eran mantos para que encima brillaran más las pulseras, los broches, las cadenas, los pendientes de oro, tuvieran o no tuvieran, los que se habían fotografiado, broches o pulseras. Aquel oro se hacía con amarillo y ocre. El pincel para el dorado era todavía más fino, y hacía falta un buen pulso, el mío. Ninguna de aquellas pulseras inventadas se ha desdorado. No se desdora el oro con que yo iluminé. Hacía todo, entonces. Pintaba escenarios en la pared: escalinatas y balaustradas que se alargaban, al final de la foto, como praderas de mármol. Contra ese fondo, los mantones y las flores, y las butacas Luis XV, para que la gente se sentara y sonriera a la cámara. Lo que ahora, con palabras, me hago a mí misma, antes de lo hacía a otros con los rosados y los azules ceniza de los cuadernos ingleses: tapar, despistar. Venían hombres sin corbata, que querían traje y corbata en la foto: les cortaba la cabeza y les agregaba lo que querían. Ahora lo cuento y se ríen, y llaman fotomontaje a lo que yo llamaba composición. Cómo se ríen cuando les cuento que una mujer joven, muy hermosa, de Salamanca, se perfumó, antes de posar: «Para que cuando la reciba mi hermano, que vive en Costa Rica, la foto huela bien», me dijo, sería. Me esforcé en retener el color del vestido (todavía me acuerdo: un carmín como secado en un plato de porcelana blanca), y no hubo necesidad de ninguna pulsera. Las pulseras y los broches y el trabajo de todo el día eran, al anochecer, excusa para el oro. El foco grande del techo, los dos focos a los lados, la bombilla azul, todas esas luces reflejadas en el vidrio esmerilado me comieron la vista, y ahora, para leer, me tengo que poner el periódico en la nariz. Periódicos, folletos, prospectos de farmacia: leo lo

que haya, lo que dejen por aquí. Leo para no perder el brío, la antigua soberbia, la dureza de cuando me quedaba sola por las noches, en el silencio. Se me helaban las manos: las ponía en agua caliente y volvía a la mesa de cristal. No digo mentira cuando despisto. Colorear no es mentir: es arrepentirse y tapar una verdad con otra. Al oro nada lo tapa, ni tapa nada. Punto por punto, con un pincel, golpear como con un martillo de miniatura, como los que miniaban, hasta llegar al oro, hasta lo que no es ni negro ni rojo ni verde sino resplandor, hasta sentir que no era yo quien lo había hecho. La guerra se llevó a mi hermano, el techo de mi casa y aquel estudio, en la Plaza del Progreso, en que yo me quedaba sola todo el verano, con los focos encendidos, sin saber que pasaba el tiempo. Ahora, a medianoche, que es la hora en que alguno de los camareros viene a traerme un vaso de leche azucarada, me parece que ellos, los camareros y los que me compran tabaco y me hacen preguntas, son mis hijos. Y que el *Barbieri* y no el cuartucho con la ventana que da a la ropa colgada del viejo lelo, es mi casa. Por eso me ejercito la mente, leyendo; por eso les sonrío (pero, decía mi padre, nunca me costó sonreír) y les recito la fórmula del revelador. Tendría que haberme dado cuenta hace tiempo de que estos son mis hijos y esta es mi casa, en lugar de haber llevado allá arriba, para no sentirme sola –si no me sentía sola, cuando me quedaba todo el verano con los focos encendidos, mientras el mundo entero bailaba o se iba al mar: yo nunca vi el mar–, a esos que creí podían ser hijos míos. Los invité. Les abrí las ocho ventanas que dan a la calle. Compré manteles nuevos. Yo entonces podía pagar el alquiler: guardaba ropa en la cafetería *Nebraska*, y las propinas me pesaban en el bolso. Los que creía que podían ser hijos míos compraron la casa sin que yo me enterara, y me recluyeron en ese cuartucho oscuro, y les pago por él lo que antes pagaba por la casa entera. Allí están, en cajas de cartón, las fotos que hice, entre diarios viejos, trapos, capas azules de mi padre, el uniforme de mi hermano, el orinal, novelas (hace, creo, cuarenta años que no leo una novela, pero hay noches en que, para ejercitarme, reconstruyo, y las recuerdo muy bien, las conversaciones de aquellos masones de *Napoleón en Chamartín* en la casa con puerta de hierro de la calle Torrecilla del Leal), jabones, lupas, pinceles resecos: lo mío, que allí me cabe. Y he puesto aquí, al lado de los paquetes de tabaco y de la cajita con las monedas, para sorprender y despistar, algunas de las fotos que hice e iluminé. A nadie le he dicho que vivo de los tres o cuatro duros que me quedan de cada cajetilla de tabaco. Nunca me he quejado. La queja no es un color que tape otro: muestra más claro lo que uno no querría ver ni que nadie vea. Manuel, el camarero más joven, el único que adivinó todo, dice que en agosto me llevará al mar, que debe ser gris.

